

Tres chistes kantianos*

«En todo lo que provoca una viva sacudida de risa debe haber algún sinsentido (donde, pues, el entendimiento en sí no puede encontrar ninguna satisfacción). La risa es un afecto a partir de la repentina transformación en nada de una expectativa en tensión. Precisamente esta transformación, que ciertamente no es regocijante para el entendimiento, regocija, sin embargo, indirectamente en un instante de forma muy vivaz. Así pues, la causa debe consistir en la influencia de la representación sobre el cuerpo y en la interacción de éste sobre el ánimo. Ciertamente, no en la medida en que la representación es objetivamente objeto de deleite (¿pues, cómo puede deleitar una expectativa defraudada?), sino exclusivamente por el hecho de que, en tanto que mero juego de las representaciones, produce en el cuerpo un equilibrio de las capacidades vitales.

»Nos reímos y nos produce un placer cordial cuando alguien cuenta que un indio, sentado a la mesa de un inglés, abrió una botella de cerveza y vio salir toda la cerveza convertida en espuma, poniendo de manifiesto su admiración con muchas exclamaciones, y a la pregunta del inglés: ¿qué hay aquí de admirable?, respondió: no me maravillo de que la espuma salga, sino de cómo habéis podido meterla dentro. Pero no nos reímos, por ejemplo, porque nos encontremos más listos que este ignorante o sobre algo que el entendimiento nos hiciera notar como satisfactorio, sino porque nuestra expectativa estaba en tensión y queda repentinamente en nada. O nos reímos ruidosamente cuando el heredero de un rico pariente quiere celebrar solemnemente su entierro, pero se lamenta de que nada le sale bien porque –dice– cuanto más dinero doy a mis deudos para verlos afligidos tanto más contentos se muestran; y el motivo de la risa reside en que la expectativa se transforma repentinamente en nada. Hay que percatarse de que la expectativa no tiene que transformarse en la contraparte positiva de un objeto esperado (pues esto siempre es algo y a menudo puede afligir), sino en nada. Pues nos resulta desagradable cuando alguien suscita en nosotros grandes expectativas

* Extraído de Kant, I. *Crítica del discernimiento*, trad. R. R. Aramayo y S. Mas, Madrid, Mínimo Tránsito, pp. 302-4. Reproducido con el permiso de R. R. Aramayo.

con la narración de una historia y al final vemos de inmediato su falta de verdad. Así sucede, por ejemplo, con las historia de individuos que ante una gran aflicción han encanecido en una sola noche. Por el contrario, nos reímos y nos produce deleite cuando como réplica a una de estas historias otro pícaro cuenta muy prolijamente la aflicción de un comerciante que, regresando a Europa desde las Indias con todo su capital convertido en mercancías, debido a una fuerte tormenta, se vio obligado a tirar todo por la borda, y se afligía porque esa misma noche la peluca se había vuelto gris; nos reímos porque nuestra propia equivocación con un objeto que por lo demás nos resulta indiferente, o más bien la idea que perseguimos, la hacemos saltar de aquí para allá como si fuera una pelota, mientras críamos tenerla firmemente agarrada. Lo que despierta el deleite no es la respuesta de un mentiroso o de un estúpido, pues también por sí misma esta última historia, contada y revestida de seriedad, provocaría la risa en sociedad; y aquellos, sin embargo, no serían dignos de atención».